

Rojos y abertzales

La metamorfosis de las izquierdas vascas en la transición

Diego Díaz Alonso
Universidad de Oviedo

Comunistas y nacionalistas en la oposición vasca

Un interesante fenómeno se observa al analizar el antifranquismo vasco en el final de la dictadura. Se trata de la “vasquización” del discurso de las izquierdas vascas, y la paralela “izquierdización” de los sectores más activos y dinámicos del nacionalismo. Estos dos mundos, izquierda y nacionalismo, históricamente distantes y enfrentados, habían confluído contra el enemigo común en la guerra civil, pero será a partir de la segunda mitad de los años 60 cuando se produzca el maridaje de elementos tomados del nacionalismo con otros procedentes de las izquierdas en la cultura política del antifranquismo vasco, es decir, en el imaginario colectivo de aquellos y aquellas que participaban activamente desde las fábricas, las aulas o los barrios, en la lucha contra el régimen. Un maridaje que tendrá su plasmación en dos corrientes separadas, por un lado en una juventud nacionalista radicalizada que ha asumido elementos del marxismo-leninismo y del tercermundismo para hacer una formulación “roja” del viejo independentismo sabiniano, y por el otro, en unas izquierdas vascas, que sin renunciar a su identidad española, comienzan a reivindicar el euskera y el autogobierno vasco, incluyendo el derecho a la autodeterminación, como parte fundamental del programa de la ruptura democrática¹. El descubrimiento ha sido doble por lo tanto. Para los nacionalistas, la existencia de la lucha de clases, para las izquierdas, la nación o nacionalidad vasca.

¿Qué ha pasado entonces para que esto sea posible? ¿Qué ha motivado esta evolución ideológica en unos y otros? Cabe pensar que sin la experiencia de la dictadura esto no habría sido posible. La represión del franquismo a todo el espectro democrático vasco contribuyó a forjar solidaridades y olvidar, o al menos aminorar, antiguos recelos. Una generación de socialistas, comunistas, republicanos y nacionalistas, la de la guerra, ha vivido por igual los sinsabores de la derrota, el exilio y la cárcel, y la siguiente, la que toma el relevo en los años 60, se enfrenta a unas Fuerzas de Orden Público que cuando reprimen, lo hacen por igual a rojos y abertzales. La monopolización por el franquismo de un nacionalismo español autoritario, conservador y excluyente, contribuye a potenciar las tendencias autonomistas y federalistas de las izquierdas. Se consolida por lo tanto la asociación entre autogobierno y democracia, descentralización y progreso. Frente al monolingüismo castellano de la derecha franquista, entre las izquierdas florecen las simpatías por el proyecto de recuperación del euskera impulsado por los nacionalistas, tanto por lo que tiene de derecho democrático, como de recuperación de una cultura popular negada. La presencia de la lengua vasca en la prensa de las organizaciones de izquierdas es creciente, se utiliza también para dar nombre a cabeceras de revistas como *Berriak* o *Hemen eta Orain*, ambas ligadas al PCE de Euskadi, o a una librería que es punto de encuentro del antifranquismo donostiarra, *Lagun*. Las canciones de cantautores euskaldunes como Mikel Laboa se convierten en himnos de libertad también para la progresía vasca no nacionalista. Algunos jóvenes militantes comunistas que no

¹ En el caso de los comunistas esta reivindicación ya venía de la II República, pero para los socialistas resultaba más novedosa. Sobre los comunistas y la cuestión nacional en los años 30, véase Elorza, Antonio, “Comunismo y cuestión nacional en Euskadi y Cataluña (1930 – 1936). Un estudio comparativo”, *Saioak. Revista de Estudios Vascos*, 1, San Sebastián, 1978.

hablan euskera incluso comienzan a estudiarlo². En todo caso, no es necesario saber euskera para poder gritar en las manifestaciones “Gora Euskadi Askatuta” (Viva Euskadi libre), que se convierte en un grito coreado por nacionalistas y no nacionalistas en las marchas contra la dictadura. Igualmente la Ikurriña, a pesar de su indiscutible origen nacionalista (fue diseñada por el mismo Sabino Arana) se convierte en una bandera democrática de todos los opositores a la dictadura.

La aparición con ETA de un nuevo nacionalismo vasco, que emerge como actor político a tener en cuenta a partir del asesinato de Melitón Manzanas, y sobre todo con el ejemplarizante Proceso de Burgos, resultan claves en que las Comisiones Obreras de Euskadi y el PCE, principales organizaciones del antifranquismo vasco en esos momentos, asuman progresivamente desde mediados de los 60 un papel más activo en la defensa de las reivindicaciones nacionalistas vascas, que como en el caso del PSUC y las CCOO catalanas, aspiran a integrar dentro de un proyecto democrático, federal y socialista más amplio. Ya en 1965 los comunistas vascos habían tratado de hacer con el Aberri Eguna lo mismo que sus homólogos catalanes con el 11 de Septiembre, una jornada unitaria de movilización contra la dictadura³. En este mismo sentido, en febrero de 1968 la Comisión Obrera de Vizcaya afirmaba su defensa del derecho de autodeterminación de Euskadi, si bien para el descubrimiento por parte de los trabajadores inmigrados y autóctonos no nacionalistas del llamado problema nacional vasco, tuvieron que ser probablemente mucho más decisivos que esta declaración, los atentados de ETA, y los violentos estados de excepción impuestos por la dictadura en Vizcaya y Guipúzcoa como respuesta. Unos episodios represivos que arrasaban no sólo con la militancia de ETA y su entorno social y familiar, sino con todo el tejido social opositor. Las redadas y controles policiales y de la Guardia Civil, las detenciones masivas y las torturas, los registros de madrugada, las palizas a los manifestantes, los asesinatos a sangre fría cometidos por las fuerzas del orden público, fueron creando un ambiente de país ocupado, en paralelo a unas acciones de ETA, que dirigidas contra un Estado sin ningún tipo de legitimidad para los antifranquistas, iban generando una corriente de simpatía hacia unos nacionalistas que por su arrojo y entrega en el combate contra la dictadura comenzaron a ser vistos como “unos de los nuestros” por muchos inmigrados, ajenos por completo al nacionalismo, así como por vascos de izquierdas no nacionalistas. Esta tendencia a la “vasquización” de las izquierdas, y concretamente de los comunistas de Euskadi, va a venir además reforzada por una significativa cantidad de ex militantes de ETA, que desgajados de un tronco nacionalista envuelto en guerras fratricidas tras Burgos, entran a partir de 1971 a militar en el PCE de Euskadi y en los florecientes partidos maoístas y trotskistas. Estos nuevos activistas son por lo general jóvenes con una educación familiar y sentimental nacionalista, pero que tras entrar en contacto con el movimiento estudiantil o sindical, y con el marxismo, evolucionan hacia posiciones no nacionalistas⁴. La conflictividad social, en ascenso en el País Vasco y España, que anima a dar más importancia al trabajo en el movimiento obrero, la esforzada solidaridad demostrada por los comunistas vascos y el conjunto del antifranquismo español durante el Proceso de Burgos, desmontando así el tópico de una izquierda “imperialista española”, “enemiga del Pueblo Vasco”, los ecos de mayo del 68 y el impacto de nuevas lecturas que amplían los horizontes ideológicos de una militancia hasta entonces escasamente ilustrada, son algunos de los factores que pesan en la conversión de bastantes jóvenes, inicialmente nacionalistas, al comunismo.

² Entrevistas a Javier Corcuera, Bilbao, febrero de 2009, Francisca Arajuelo, San Sebastián, noviembre de 2008, y Dolores Arrieta, junio de 2009.

³ El órgano de los comunistas vascos, Euskadi Obrera, de febrero y marzo de 1965, llamaba a una movilización unitaria de comunistas, socialistas, nacionalistas vascos y “jóvenes de ETA”, para hacer del Aberri Eguna de ese año: “una movilización popular vasca sin precedentes, bajo el signo de la lucha contra la dictadura franquista, por las reivindicaciones obreras, populares y democráticas, bajo la bandera de las aspiraciones nacionales de Euskadi”. No obstante, la resistencia de los nacionalistas a compartir una celebración que consideraban exclusivamente suya, frustraría el proyecto de la dirección comunista de hacer del Aberri Eguna un equivalente vasco a la Diada nacional de Catalunya.

⁴ Entrevistas a Andoni Pérez Ayala, Bilbao, febrero de 2009, Venancio González, Sestao, febrero de 2009, José Ángel Etxániz, febrero de 2009 y Joseba Barriola, San Sebastián, junio de 2009. Véase también Etxaniz, José Ángel, “La revitalización del Partido Comunista de Euskadi (1970 – 1975: el ingreso de militantes de ETA VI Asamblea (minos)”, en García, Carmen, Bueno, Manuel, e Hinojosa, José (coords.), *Historia del PCE: I Congreso, 1920 – 1977*, Madrid, 2007.

Resulta pues normal, que ante este éxito de las tesis marxistas entre los jóvenes nacionalistas, se enciendan las alarmas del nacionalismo vasco más fundamentalista, que teme nuevas deserciones hacia las filas comunistas:

“(...) un enjambre de aventureros, adolescentes, estudiantes y ex seminaristas, capitaneados por curas renegados que con sus frases revolucionarias y asambleas de cafetería, en nombre del proletariado, se dedican a desarrollar la revolución sexual en sus muy proliferadas comunas (...) todos ellos tienen un denominador común: *España*, y un objetivo: *españolizar*, arrancar el sentimiento nacionalista vasco. ¡*Matar el alma vasca!*”⁵

Ya una década antes, en 1966, veteranos militantes de un PNV, aliado con EEUU y el mundo libre en la guerra fría, habían expresado su preocupación y malestar por el acercamiento a postulados de izquierda de los jóvenes de una incipiente ETA que estaba dando sus primeros pasos:

“(...) causa verdadera pena ver a muchachos de cuyo patriotismo no dudamos (...) víctimas y juguetes de agitadores profesionales sin escrúpulos, empeñados en una labor disgregadora susurrando al oído insidias y falsedades que cuadran bien en el comunismo, pero que no se han empleado jamás en el campo patriota vasco”

ETA había nacido en 1959 a partir del sentimiento de orfandad de una juventud nacionalista que se rebela contra la pasividad de la gerontocracia del PNV. Sus fundadores son mayoritariamente católicos, urbanos y de clase media. La ideología inicial del grupo es el independentismo, y un vago cristianismo social, pero al calor de los acontecimientos políticos que se están produciendo en España y en todo el planeta, pronto ETA radicaliza sus planteamientos ideológicos. El tercermundismo, el socialismo y el marxismo leninismo inciden con fuerza desigual en los activistas de ETA, pues si bien para unos lo fundamental es la lucha independentista y tratar de recuperar para ella al PNV, otros están más interesados en tender puentes con el resto del antifranquismo, con los comunistas y el movimiento obrero.

El acercamiento a los comunistas y a CCOO, que son las principales fuerzas dinamizadoras de la lucha antifranquista en el País Vasco, resulta especialmente problemático, ya que el sector más nacionalista condena cualquier colaboración con lo que considera la sucursal de un partido español y españolista, y sigue manteniendo enormes prejuicios xenófobos hacia los obreros inmigrados desde Castilla, Galicia y el sur de España al País Vasco⁶.

En 1971 las tensiones internas en el seno de ETA estallan. Los sectores partidarios de potenciar más el trabajo sindical y de buscar acuerdos con la izquierda española, se marchan al PCE o a la extrema izquierda. El grupo escindido en la VI Asamblea funda con otros jóvenes izquierdistas desgajados del Frente de Liberación Popular, ETA VI- LCR, un partido trotskista con implantación en toda España. La minoría más nacionalista retiene por el contrario las siglas históricas de ETA, y se lanza a una praxis basada casi exclusivamente en la lucha armada. Los nuevos activistas de la organización proceden ahora en su mayoría del medio rural y euskaldún. Ante todo son nacionalistas. La violencia de los atentados se convierte en un formidable instrumento de propaganda del nacionalismo vasco, con resultados tan espectaculares como el asesinato del almirante Carrero Blanco. También en una herramienta para provocar al régimen y hacer que muestre su cara menos amable. La descarga represiva debilita a la organización y supone un alto coste humano en detenciones, torturas, encarcelamientos e incluso muertes, pero es tan violenta e indiscriminada que termina por socavar aún más la legitimidad de la dictadura. Con cada

⁵ *La otra Euskadi. El infierno de los vascos*. Euskaldunak Danok Bat.

⁶ Esta cuestión motiva en 1966 la primera escisión de ETA, ETA Berri, de la que surgirá el MC. Con respecto a la evolución ideológica de ETA, véase Letamendia, Francisco, *Historia del nacionalismo vasco y de ETA*, San Sebastián, 1994, Elorza, Antonio (coord.), *La historia de ETA*, Madrid, 2000, y Rubiralta, Fermí, *El nuevo nacionalismo radical. Los casos gallego, catalán y vasco (1959 – 1973)*, San Sebastián, 1998.

estado de excepción, ETA gana en simpatía y solidaridad. La lucha contra la represión pasa a convertirse en uno de los objetivos prioritarios de toda la oposición democrática vasca. Las plataformas de estudiantes, los partidos comunistas, el clero antifranquista, y sobre todo el movimiento obrero, donde la presencia nacionalista es casi inexistente, serán los que organicen una respuesta en forma de pintadas, huelgas, encierros, manifestaciones y asambleas, que por su carácter minoritario y ultra clandestino no pueden dar ni ETA, ni la embrionaria izquierda abertzale, esto es, algunos partidos recién nacidos con un ideario mezcla de socialismo e independentismo, como EAS y LAIA, ambos formados en 1974⁷.

El norte está lleno de frío: la compleja transición vasca

Llegados a la muerte del dictador tenemos una oposición vasca muy amplia y muy plural, pero también muy fragmentada, incapaz de ponerse de acuerdo en organismos unitarios reales y efectivos. El Gobierno vasco en el exilio continúa siendo una estructura puramente testimonial, que no juega ningún papel movilizador en las provincias vascas. Tampoco cuaja el proyecto comunista de una Asamblea Democrática de Euskadi, similar a la Asamblea de Catalunya, pues ni el PCE tiene aquí la capacidad de liderazgo de sus homólogos catalanes, ni socialistas y nacionalistas están en el País Vasco por la labor de ningún entendimiento con los comunistas. Incluso las CCOO de Euskadi, la organización más nutrida y mejor implantada del antifranquismo vasco, está dividida entre un sector afín al PCE, la Comisión Obrera Nacional de Euskadi, y otro más radical, la Coordinadora de Euskadi de Comisiones Obreras, con hegemonía de la extrema izquierda. La primera tendencia domina en la Vizcaya fabril, en Bilbao y sus periferias, donde están asentadas las grandes factorías siderúrgicas y metalúrgicas, y la segunda en Guipúzcoa y Navarra, donde la industrialización es reciente, las fábricas tienen dimensiones más reducidas, y la clase obrera es muy joven. La huelga general del 11 diciembre de 1974, convocada por los sectores más izquierdistas del movimiento obrero, en contra del criterio del PCE, paraliza el País Vasco y Navarra. El movimiento huelguístico pone de relieve la existencia de una importante masa crítica de obreros y estudiantes radicalizados dispuestos para la movilización. El éxito de la convocatoria confirma también el análisis de ETA sobre el declive de la hegemonía del PCE en la oposición vasca⁸. La paulatina moderación del partido choca con la creciente radicalización que está experimentando una porción minoritaria, pero no desdeñable, de la sociedad vasca. Navarra y Álava, provincias tradicionalmente conservadoras, y que van a ser escenario de importantes huelgas en el tardofranquismo y la transición, confirman el cambio sociopolítico y cultural que se está produciendo. La situación de casi pleno empleo, y la gran concentración de fábricas con plantillas muy numerosas, favorecen enormemente la acción colectiva de los trabajadores, organizados pese a la represión estatal y patronal. Allí donde la industrialización era más reciente y no existían apenas tradiciones políticas y sindicales, resultó paradójicamente más fácil el estallido de conflictos radicales, como el de Vitoria en marzo del 76, o el asentamiento de opciones a la izquierda del PCE, como la maoísta ORT en Navarra.

En este panorama de dispersión y atomización política, el movimiento por la amnistía, muy plural en su composición, será el único capaz de aglutinar a gentes distintas en torno a un objetivo común, activistas políticos y sindicales, pero también otras muchas personas que se suman a título individual a los colectivos por la amnistía. La libertad de todos los presos políticos y el retorno de los exiliados van a ser las reivindicaciones de las multitudinarias marchas que se convocan en 1976, y en las que participa todo el antifranquismo sin excepción.

En el periodo comprendido entre la muerte del general Franco y las primeras elecciones democráticas, el lenguaje de toda la oposición vasca es muy similar, la lucha por la ruptura democrática, la amnistía total y un estatuto de autonomía que incorpore el derecho de autodeterminación, están en casi todos los programas. Estas propuestas, que habían sido lanzadas

⁷ “(...) la ETA no aparece por parte alguna. Ni rastro. Piden penas de muerte para gente suya y no dicen lo que se dice ni pío”, comenta extrañado un militante del PCE de Euskadi a la dirección del partido en una carta escrita en los días previos al Proceso de Burgos. AHPCE, Nacionalidades y regiones, Euskadi, Caja 71/3.

⁸ *Ren Agiria*, publicación interna de ETA. Documentos del PCE de Euskadi, Caja 71/4, AHPCE.

por los comunistas del PCE, incluso son asumidas en parte por los independentistas agrupados en la plataforma KAS⁹. También el partido socialista, que entre 1976 y 1979 adopta una línea muy “vasquista” asume en estos momentos la defensa del derecho del País Vasco a decidir en un referéndum su independencia. Será Navarra en este periodo de relativa unidad en las propuestas, el principal escollo entre las fuerzas políticas de izquierdas y el universo abertzale. Mientras que para los nacionalistas la cuestión navarra no admite discusión, todas las izquierdas vascas, que coinciden por razones históricas y culturales en apoyar una “construcción nacional vasca” que integre a Navarra, condicionan su incorporación a Euskadi a un referéndum donde la sociedad navarra pueda pronunciarse.

Los abucheos e insultos que militantes de la socialdemocracia nacionalista, ESB, dirigen contra Felipe González, secretario general de un PSOE ilegal, pero tolerado, en el mitin que los socialistas organizan en febrero de 1976 en la facultad de económicas de Bilbao, evidencian el temprano rechazo que el nacionalismo vasco más radical siente hacia cualquier acuerdo con las izquierdas de ámbito español. Para los nacionalistas más intransigentes, los socialistas y los comunistas son los “españoles” a los que hay que disputar el liderazgo de la clase obrera vasca. Incluso los intentos de coordinación entre KAS y la extrema izquierda fracasan. La formación en 1974 del sindicato nacionalista LAB, rompiendo así con la costumbre unitaria de trabajar en el seno de las CCOO, junto a militantes de otras tendencias políticas de izquierdas, es una prueba más de la apuesta de la mayoría de los abertzales por construir un movimiento sociopolítico propio, estrictamente nacionalista, al margen de cualquier influencia “española”.

El fracaso en toda España de la apuesta rupturista de la oposición democrática, daría paso a una negociación de mínimos entre el Gobierno de Adolfo Suárez y los partidos políticos representados en la llamada Comisión de los 9. Pasan a formarse entonces dos polos políticos diferenciados, el de aquellos partidos que aceptan la negociación, y el de los grupos que siguen manteniendo la reivindicación de una ruptura total con la dictadura. En el País Vasco extrema izquierda e izquierda abertzale se posicionan contra PNV, PSE-PSOE y PCE-EPK, firmantes en mayo de 1977 del compromiso autonómico, por haber aceptado el nuevo marco político, incluida la bandera monárquica y la unidad de España en el caso de los comunistas.

Mientras nacionalistas, socialistas y comunistas se preparan para la primera contienda electoral, dando por hecho que será el Parlamento democrático el que saque a los últimos presos políticos de la cárcel, la izquierda abertzale y la izquierda radical mantienen vivas las movilizaciones por una amnistía total que beneficie a los presos políticos con delitos de sangre. Estas movilizaciones son duramente reprimidas por el Gobierno Suárez, con el resultado de 7 muertos y varios heridos en la semana por la amnistía del 8 al 15 de mayo de 1977.

El distanciamiento del PCE y la dirección de CCOO de las actividades a favor de la amnistía, condenando como desestabilizadora toda movilización autónoma, convocada al margen del partido, explican en parte el estrepitoso fracaso de los comunistas vascos en las elecciones generales de un mes más tarde. En el espacio situado a la izquierda de la socialdemocracia, y que en principio correspondería al PCE-EPK, este partido va a ser sobrepasado por la coalición Euskadiko Ezkerra, integrada por los comunistas del MC, y por EIA, el partido nacionalista de izquierdas formado por los simpatizantes de ETA p-m poco antes de las elecciones. Desde las páginas de *Servir al pueblo*, periódico del MC, su líder, Eugenio del Río, comentaba los resultados electorales de la izquierda vasca:

“Por primera vez en Europa en 50 años, una formación revolucionaria ha conseguido doblar los votos obtenidos por el Partido comunista, partido que cuenta con una gran tradición – sobre todo entre la clase obrera vizcaína – y al que todas las previsiones otorgaban uno o dos diputados por Vizcaya (...) La explicación de este hecho, que resaltamos por su significación política, habría que

⁹ La Coordinadora Abertzale Sozialista se forma en agosto de 1975 para buscar la unidad del fragmentado mundo de la izquierda abertzale: los sindicatos LAB y LAB, los partidos LAIA y EHAS, y las organizaciones armadas ETA m y ETA pm. Sobre el mapa político abertzale a la muerte de Franco, véase Fernández Soldevilla, Gaizka, “Ellos y nosotros: la cumbre de Chiberta y otros intentos de crear un frente abertzale en la Transición”, *Historia del Presente*, 13, 2009, Madrid.

buscarlo en el desprestigio que se ha acarreado el PCE de Euskadi en los últimos tiempos, yendo a la zaga de las movilizaciones populares y abandonando en muy buena medida la defensa de las aspiraciones de libertad de Euskadi”¹⁰

Para los comunistas, que obtenían en las provincias vascongadas un 4,5% de los votos, muy por debajo de sus expectativas electorales, que eran uno o dos diputados por Vizcaya, y otro por Guipúzcoa, los resultados son aún peores en Navarra. Aquí, donde el partido era más débil, la Unión Navarra de Izquierdas, referente navarro de EE, y la ORT, que se presenta como Agrupación Electoral de Trabajadores, le superan ampliamente. Entre ambas candidaturas sumarán un 15% de los votos, un excelente resultado para la izquierda radical, que da cuenta de la mutación político cultural experimentada por un considerable sector de la otrora católica y tradicionalista Navarra, al calor de la reciente industrialización.

El gran triunfador en la izquierda será el PSOE. El histórico partido de la clase obrera vasca, prácticamente desaparecido durante la dictadura, y reconstruido apresuradamente en la transición, obtenía en junio de 1977 el 26% de los votos en el País Vasco, y el 21% en Navarra, siendo la segunda fuerza más votada en ambos territorios. Los socialistas capitalizaban el voto de aquellos sectores sociales, muy especialmente trabajadores inmigrados con baja cualificación laboral, progresistas y democráticos pero con una participación escasa o nula en las movilizaciones sociales. Frente al voto de la izquierda más pasiva hacia el PSOE, EE, UNAI, la ORT, o el PCE, recogían el apoyo de las minorías obreras e intelectuales que habían estado o estaban más activamente implicados en el sindicalismo y los movimientos populares. Sociológicamente el voto comunista, obrero, fabril, de mediana edad, y en muchos casos nacido fuera de Euskadi, tenía grandes similitudes con el del PSOE. EE por el contrario tenía unos votantes mayoritariamente autóctonos, y más diversificados socialmente, procedentes de la clase obrera, pero también de las clases medias¹¹. La coalición se beneficiaba además de su doble condición de izquierdas y nacionalista, atrayendo tanto un votante de izquierdas que podía simpatizar con algunas de las reivindicaciones nacionalistas, como a votantes más nacionalistas que los del PNV, y con una ideología más progresista. La vinculación a ETA p-m de uno de los socios de la coalición, EIA, lejos de ser un obstáculo, suponía en aquel momento para un electorado radicalizado por el franquismo y la represión gubernamental, un atractivo muy importante de la oferta electoral.

El irresistible ascenso de la izquierda abertzale

Las elecciones de junio de 1977 en Euskadi supusieron no obstante, como ha señalado el historiador Manu Montero, un “baño de realismo”, ya que “ni el País Vasco era tan nacionalista como se había supuesto, a partir de la proliferación de su simbología, ni tan radical como creyeron las fuerzas de izquierda”¹². Efectivamente, a pesar del reguero de manifestaciones, huelgas, atentados y cargas policiales, la mayoría del electorado vasco dio su confianza a candidaturas moderadas, el PNV en la derecha, y el PSOE, en la izquierda, los dos históricos partidos vascos resurgían con fuerza. Por el camino se quedaban candidaturas nacionalistas de izquierdas como ESB, ANV o ESE, que fracasaban de manera estrepitosa, las de ETA VI-LCR y el resto de la extrema izquierda, excepto el MC, integrado en EE y UNAI, o el llamamiento de ETA m y otros partidos abertzales a la abstención electoral, que apenas obtenía eco alguno entre un electorado que mayoritariamente acudió a votar. La derecha gubernamental, UCD, y la extrema derecha españolista, AP, obtenían un 12% y un 7% respectivamente. Estos resultados de la derecha españolista, eran aún mejores en Navarra, donde las fuerzas políticas heredadas del régimen franquista, obtenían casi un 40% de los votos. El mapa electoral de junio del 77 nos arroja la imagen de una sociedad políticamente más conservadora que la andaluza, madrileña, o catalana,

¹⁰ *Servir al pueblo*, 20/6/1977.

¹¹ Un extenso repaso a la sociología electoral vasca del periodo de la transición democrática, lo podemos encontrar en Linz, J. J., *Conflicto en Euskadi*, Madrid, 1986.

¹² Montero, Manu, “La transición y la autonomía vasca”, en Ugarte, Javier (Coord.), *La transición en el País Vasco y España: historia y memoria*, Vitoria, 1998.

donde las izquierdas se impusieron en esta primera convocatoria electoral, pero con unas importantes y activas minorías de izquierdas y nacionalistas radicales, más difícilmente asimilables que socialistas y comunistas por el nuevo sistema político.

La ruptura democrática, término político acuñado por los comunistas del PCE, pasaba a convertirse en un elemento clave del discurso político de la izquierda abertzale, pero frente a la creciente ambigüedad de EE, situada a medio camino entre la reivindicación soberanista y el pragmatismo autonomista, y cuya paulatina moderación motivaría la salida del MC, así como de numerosos afiliados y dirigentes, en 1978 surgía la coalición HB a partir de la reunión de algunos pequeños partidos abertzales (ESB, ANV, LAIA y HASI), pero sobre todo de numerosos independientes, jóvenes politizados, inmigrados deseosos de integrarse en la sociedad vasca, amigos y familiares de presos, gentes procedentes de las comisiones por la amnistía, del movimiento cultural y de recuperación del euskera, del sindicalismo abertzale, todos ellos alineados con ETA m, y defensores de un nacionalismo independentista radical e intransigente, para el que no caben las medias tintas. HB encontrará su perfecto caldo de cultivo en la situación de violencia en que se enfanga la sociedad vasca a partir de finales de 1977.

Tras las elecciones de junio del 1977 ETA m lanza una durísima ofensiva dirigida a impedir el apaciguamiento de la situación política en el País Vasco. De los 12 asesinatos cometidos en 1977 por las organizaciones armadas, se pasa a 65 en 1978, 86 en 1979 y 93 en 1980. Mientras que ETA pm practica una violencia más puntual y teóricamente encaminada a reforzar el proceso autonómico, actuando como retaguardia armada frente a las presiones centralistas, para ETA m el objetivo es boicotear la consolidación de la transición democrática en el País Vasco, que experimentaba notables avances con la Ley de Amnistía de octubre de ese año, y la formación en febrero de 1978 del Consejo General Vasco, órgano ejecutivo preautonómico, a la vez que encargado de elaborar el estatuto de autonomía. La indiscriminada represión gubernamental y la acción de la extrema derecha, coordinada o no con el Estado, reactivan el movimiento anti represivo y por la amnistía, ya que las cárceles vuelven a llenarse de presos de ETA. Las arbitrariedades policiales, las torturas en comisarías y cuarteles, y la brutalidad de las Fuerzas de Orden Público, que en el verano de 1978 alcanzan su cenit con los disturbios en las fiestas de Pamplona y el brutal asalto a la localidad guipuzcoana de Rentería, reabren un conflicto vasco que parecía en tránsito de resolverse con la llegada de la democracia.

El ambiente represivo, la sensación de ocupación policial, de regreso a los estados de excepción franquista, de que nada había cambiado con la democracia, o aún más, que la situación ha empeorado, empujan el debut electoral de HB, que en las elecciones generales de 1979 obtiene 150.000 votos, un 15% de los votos, superando ampliamente a EE y colocándose a escasa distancia de un PSE-PSOE que experimenta un importante retroceso electoral. HB se convierte en una organización de masas insólita para un momento en el que en toda España comienza a hablarse del “desencanto”, y en Europa occidental se inicia un reflujó de la movilización social. HB logra sumar el voto de apoyo a ETA m y contra la represión gubernamental, el del nacionalismo más radical, decepcionado por el PNV y EE, pero también el de una izquierda social desencantada con la moderación de los partidos socialista y comunista, su apoyo a la Constitución y a los Pactos de La Moncloa. Como señala Antonio Rivera, a HB se acercan “quienes perciben la reforma política como una frustración o una traición a las ambiciosas expectativas creadas por una sociedad muy movilizada y activa durante esos años”¹³. Un fenómeno que se percibe aún más claramente en Navarra, donde el abertzalismo radical se beneficia de la explosión y derrumbe de la extrema izquierda.

El éxito de HB consiste en saber organizar el desencanto político de una sociedad que está empezando a sufrir además los efectos de la crisis económica mundial, transformando las diferentes resistencias al Estado surgido de la transición, en un movimiento ilusionante, capaz de generar medios de comunicación alternativos, expresiones culturales y estéticas, en suma un mundo social propio, en el que sus militantes y simpatizantes, permanentemente movilizados, pueden experimentar una reconfortante sensación comunitaria. La extrema izquierda, muy activa, pero doctrinaria y fragmentada, carente de la tradición histórica y el arraigo social del nacionalismo, y sin

¹³ Rivera, Antonio, “La transición en el País Vasco: un caso particular”, en Ugarte, Javier, op. cit.

un recurso propagandístico tan atractivo como ETA, fracasa en su propósito de convertirse en la portavoz de la insatisfacción política y social. El MC y la LCR optarán por abandonar el adverso terreno electoral para concentrarse en el trabajo en el movimiento obrero y los nuevos movimientos sociales, pidiendo en casi todas las citas electorales de los años 80 el voto para HB. Por su parte EE, estancada en un electorado pequeño pero suficiente para poder acceder a las instituciones, va consolidando su transformación en un partido institucional de izquierdas y autonomista, a caballo entre el PSE-PSOE y HB, y con predominio de las capas medias intelectuales. Su distanciamiento del independentismo y la violencia serán paulatinos, pero al contrario que PSE-PSOE y PCE-EPK, EE no va a hacer nunca una condena clara de la lucha armada. Sin embargo, tras el fallido golpe de Estado de febrero de 1981, la dirección de EE, preocupada por la fragilidad del sistema democrático, logrará la disolución de ETA p-m. También la progresiva apuesta por la política institucional de EE va significando su abandono de la calle y de los movimientos sociales, que en su mayoría pasan a ser hegemonizados por HB, MC y LCR. En el sindicalismo nacionalista EE pierde frente a HB su control de LAB, y otro tanto pasa con el diario *Egin*.

Con respecto al PSE-PSOE, el izquierdismo y el vasquismo de los primeros momentos de la transición serán muy pronto abandonados en aras de un proyecto socialdemócrata y autonomista casi exclusivamente institucional. El ascenso del nacionalismo radical, y el incremento de la violencia etarra, llevarán a sectores del PSE-PSOE a recuperar actitudes muy antinacionalistas que parecían muertas y enterradas en el socialismo vasco¹⁴. Una reacción avivada por el acoso y hostigamiento al que es sometido el partido por parte del abertzalismo más excluyente. La defensa de una Navarra vasca, y de abrir una negociación política con ETA se van cayendo de la agenda socialista, al igual que el derecho de autodeterminación, adoptado tal vez con más oportunismo que sinceridad en el contexto izquierdista de 1976, pero que forzosamente se viene abajo cuando se inicia la negociación de un texto constitucional en el que el hay dos asuntos cuyo debate está cerrado de antemano: la unidad territorial y la jefatura del Estado. A pesar de ello todavía en marzo de 1978 PSE-PSOE y PCE-EPK participan en el Aberri Eguna unitario por la autonomía y la autodeterminación, donde los representantes de ambos partidos son abucheados por militantes de la izquierda abertzale.

La situación del PCE-EPK resulta aún más compleja. Tras su inesperado fracaso electoral en las elecciones de 1977 el sector vasquista y renovador, con fuerza sobre todo entre la progresía intelectual del partido, toma las riendas de la organización, colocando al frente de la misma a Roberto Lertxundi, un joven médico que había militado en ETA en los años 60, y que sustituye al histórico Ramón Ormazabal, dirigente de la generación republicana y con un largo pasado en las cárceles franquistas y la clandestinidad. El crecimiento de la izquierda abertzale, con la que los comunistas compiten por el mismo espacio social, el de los jóvenes, los trabajadores, y los movimientos alternativos, estimula el deseo de los vasquistas de modernizar y rejuvenecer el partido, y de hacerlo más autónomo del PCE, casi un PSUC vasco. El euskera gana peso, se “vasquiza” la imagen del partido, tarea que corre a cargo del artista y militante comunista Agustín Ibarrola, y en general trata de buscarse una propaganda y un estilo organizativo más desenfadado, en la línea de EE, que pasa a convertirse en un referente muy imitado por la dirección del PCE-EPK. Sin embargo este proyecto choca con la política de consenso y moderación adoptada a nivel nacional por el PCE. El partido se ve en la incómoda tesitura de tener que defender como un éxito una Constitución que no reconoce el derecho de autodeterminación, lo cual era una histórica reivindicación de los comunistas vascos desde la República, o los Pactos de la Moncloa, sosteniendo enfrentamientos muy duros en el seno de las CCOO de Euskadi contra una izquierda sindical que demanda más movilizaciones y más contundentes contra la crisis. Sin embargo, lo que le va a granjear probablemente mayor impopularidad entre los sectores izquierdistas y abertzales es la postura comunista de firmeza frente a ETA. Los comunistas habían participado muy activamente en las movilizaciones contra el Proceso de Burgos y los últimos fusilamientos de la dictadura, pero desde 1976 el partido venía defendiendo cada vez una postura más crítica con respecto a ETA m y ETA pm, en un momento en el que aún para la mayoría de la sociedad vasca, con la excepción de la derecha vasca españolista, resultaba más condenable la represión del Estado que unos atentados

¹⁴ Sobre la evolución del PSE-PSOE, véase Micciché, *Euskadi socialista. El PSE-PSOE y la Transición en el País Vasco (1976-1980)*, Madrid, 2009.

dirigidos en su mayoría contra individuos que generaban tan escasa simpatía como militares, policías, guardias civiles, políticos de derechas y empresarios. La postura del PCE-EPK de condenar todas las violencias, vengan de donde vengan, de oponerse al dialogo político con ETA m o pm, e impulsar movilizaciones cívicas y sindicales para mostrar el rechazo de la sociedad vasca a los métodos violentos, le alejan aún más de una izquierda social y política que sigue viendo en el Estado al principal enemigo. Incluso para el PSE-PSOE la posición de los comunistas es al principio demasiado dura para una sociedad muy sensibilizada por la represión gubernamental y donde los etarras muertos son despedidos como héroes en entierros multitudinarios. El intento de los comunistas de postularse como una tercera vía en el conflicto vasco, equidistante entre el *¡Qué se vayan!* de la izquierda radical y las izquierdas abertzales, que eximen de cualquier responsabilidad en el conflicto a la violencia de los grupos armados, y la confianza exclusivamente en medidas policiales de las derechas, se salda con un relativo fracaso. Las consignas del PCE-EPK “Autonomía y paz” y “Ni represión, ni terrorismo. Estatuto ahora” no consiguen una gran audiencia, como tampoco las manifestaciones que convocan contra los atentados, al principio en solitario, o con el PTE-ORT, y luego conjuntamente con los socialistas vascos, pero probablemente mueven al PNV a hacer más explícita su condena de la lucha armada. A pesar de la pretendida equidistancia, y de las críticas a los excesos policiales, en la práctica, socialistas y comunistas terminan por ser más beligerantes y activos en la denuncia del terrorismo que de la violencia gubernamental. Desde las páginas de la revista *Zona Abierta*, el intelectual donostiarra Jose Ramón Recalde critica que socialistas y comunistas hayan sido incapaces de “dirigir a los trabajadores tras una política de libertades”, dejando a la izquierda abertzale que capitalice el rechazo a la represión. Igualmente pasa con el movimiento anti nuclear. Aunque comunistas y socialistas se oponen a la construcción de una central en Lemoniz, a escasos kilómetros de Bilbao, en la práctica ambos partidos ponen más energía en denunciar los atentados de ETA m y ETA pm contra las obras, que en dinamizar el movimiento ecologista, que termina siendo hegemonizado por una ecléctica HB que en los años 80 tiñe su independentismo socialista, también de verde y violeta¹⁵. La coalición abre sus puertas a las reivindicaciones de los movimientos sociales ecologista, feminista, gay lésbico, internacionalista... Algo que queda simbolizado por esa ikurriña multicolor que será su nueva imagen orgánica.

Tras el fracaso del proyecto lanzado por la dirección del PCE-EPK de construir junto al PSE-PSOE y EE un bloque de la izquierda vasca capaz de competir con el PNV y HB, la dirección comunista opta por una convergencia con EE, considerando que este partido, a pesar de su componente nacionalista, se ha convertido en el único referente real para la izquierda transformadora de Euskadi. En noviembre de 1981 el PCE-EPK se fragmenta en dos mitades, una que apoyada por la dirección nacional del PCE se niega a la integración en EE, conservando así las siglas del PCE-EPK, pero ya sin casi ninguna influencia social, excepto en CCOO de Euskadi, y otra, formada por la mayoría los intelectuales, profesionales y cargos públicos del partido, que se incorporan a EE.

El derrumbe de los comunistas vascos, como algo más tarde de la coalición Auzolan, dinamizada por la LCR y algunos nacionalistas disidentes, significaron en los años 80 la crisis terminal de un espacio de izquierdas no nacionalista que a pesar de su destacado protagonismo en la lucha antifranquista y la transición, sería absorbido en el periodo democrático por el nuevo abertzalismo.

¹⁵ Véase López Romo, Raúl, “Tiñendo la patria de verde y violeta: la relación del nacionalismo vasco radical con los movimientos antinuclear y feminista en la Transición”, en Nicolás Marín, Encarna y González Martínez, Encarna, *Ayer en discusión: temas claves de historia contemporánea hoy*, 2008.